

El último deseo

Desde que Pedro tiene uso de razón recuerda a su familia materna reunirse cada año en casa de sus abuelos para equipar todos los motetes y emprender con un grupo de cazadores el anhelado viaje a Isla de Mona. El líder del grupo era don Raúl Rosado el abuelo y superhéroe de Pedro. Don Raúl no solo era un cazador apasionado si no que otra de sus pasiones era la pesca. Este se encargaba de reunir el grupo de cazadores año tras año para recoger el dinero del viaje y luego ir a las oficinas de Recursos Naturales para separar la fecha del viaje de cacería.

En febrero del año 2,000 cuando Pedro solo tenía 3 años de edad recuerda vagamente el momento en que su familia se despedía de los que se quedaban en la casa mientras ellos se iban de viaje. Lo que Pedro recuerda claramente es aquella sonrisa que le daba don Raúl cada vez que se despedía.

En uno de los días de cacería del viaje de ese año don Raúl salió al monte con su mejor amigo de toda la vida y tocayo Raúl Colón a quien la mayoría de la gente lo conocían como Grandioso. Fue un buen día de cacería, entre los dos lograron capturar cinco cabros, dos machos y tres hembras. Ambos cazadores llegaron muy contentos al campamento por el exitoso día que habían tenido. Limpiaron todas las presas y cocinaron un fricase de cabro con arroz blanco. Luego de comer don Raúl fumo unos cigarrillos.

Al llegar la noche estos dos cazadores quedaron en que al día siguiente saldrían juntos nuevamente para ver si su buena racha continuaba. Se dieron las buenas noches y cada cual se fue a su hamaca para descansar.

Cuando dieron las 5:00 a.m. ya estos dos viejos amigos subían la cuesta que separa el campamento de Playa Pájaros de el frondoso monte de la isla. Esperaron alrededor de unos 15 minutos en el “check point” por los vigilantes de la isla quienes corroboran que

todo este en orden con las armas de fuego y los cazadores. Tan pronto les dieron el visto bueno se dirigieron hacia el faro por el camino del infierno como le llaman los cazadores que llevan mucho tiempo viajando a la isla. En el camino no vieron ni siquiera rastros de algún animal que haya pasado recientemente. Siguieron caminando y cambiaron su estrategia, ahora se dirigían hacia la bajura de los cerezos donde se sabe que frecuentemente los cabros van a tomar una siesta por la tranquilidad del lugar.

De camino a la bajura escucharon el berreo de algunos cabros, persiguieron por un largo rato el sonido pero nunca lograron emboscarlos y se desaparecieron. Como perdieron esta oportunidad continuaron dirigiendo su paso hacia la bajura. No escucharon, ni vieron rastros de ningún animal.

Finalmente llegaron a la bajura donde decidieron recostarse bajo la sombra de un inmenso árbol a tomar un descanso. Don Raúl saco su cajetilla de cigarrillos y se fumo dos de ellos de corrido.

- Grandioso tengo unas galletas de casco pa comernolas con las salchichas que te vi echar al bulto esta mañana antes de salir. Dijo don Raúl a su viejo amigo con una sonrisa en la cara.

Grandioso se echo a reír porque sabia que a su amigo no se le escapaba una. Compartieron los alimentos y se dispusieron a echar una siesta bajo la sombra de aquel inmenso árbol.

No pasaron ni veinte minutos cuando don Raúl despierta con mucha cautela a Grandioso diciendo:

- Raúl no te muevas rápido ni hagas ruido. Hay un cabro enorme en el camino y viene en dirección hacia nosotros. Tengo la escopeta lista. ¡Este es mío!

Raúl levanto la escopeta y le apunto al gigantesco cabro que tan pronto fuese cazado merecía ser disecado. Esperó que se acercara unos pasos mas y tan pronto se

acercó lo suficiente, apuntó directamente al corazón del animal y halo del gatillo. Aquel disparo se escuchó a varios kilómetros, pues era una escopeta Remington calibre 12 bastante antigua. El animal cayó al suelo inmediatamente por la gravedad del disparo al corazón. Luego del disparo hubo un silencio sepulcral para estar atentos de si el cabro que ya había matado don Raúl venía acompañado. Luego de unos minutos llegaron a la conclusión de que no había ningún otro animal en el área y comenzaron a celebrar la gran captura. Se acercaron al gran cabro y se dieron cuenta que no tenían que propinarle un segundo disparo para rematarlo porque la calidad del primero que había hecho el gran cazador don Raúl Rosado fue excelente.

- El resto de los cazadores merecen ver este animal. Dijo Grandioso.
- Sí, este me lo llevo entero hasta el campamento, allá nos retratamos con él y lo limpio bien para cuando lleguemos a Puerto Rico llevarlo al taller de Rubén para que me diseque esta hermosura.
- Es lo mejor, este animal si que vale la pena. No es para menos. Dijo Grandioso a lo que luego de una pausa felicito a si gran amigo.

Don Raúl se hecho aquel animal de mas de ochenta libras al hombro y comenzó a caminar hacia el campamento junto a Grandioso, quien de vez en cuando cogía el animal un rato para que su amigo no se cansara tanto. Tomaron algunos descansos hasta que por fin llegaron al campamento a eso de las seis de la tarde. Cuando Güichi Valentín otro de los cazadores del grupo quien se mecía tranquilamente en su hamaca alcanzo a ver aun en lo alto de la cuesta, aquel inmenso animal en los hombros de don Raúl Rosado aviso al resto del grupo y lo recibieron con aplausos y felicitaciones por haber logrado aquella increíble captura.

Algunos cazadores le ayudaron a limpiar y trozar aquella bestia. Lo guardaron en las neveras y colgaron la piel en un árbol de uvas playeras a la orilla de la playa para que se secase y fuera más fácil el proceso de taxidermia.

Después del último y largo día de cacería don Raúl el abuelo de Pedro se fumó el último cigarrillo que le quedaba de las siete cajetillas que se llevó para el viaje y le dijo a su fiel amigo Grandioso las siguientes palabras con emoción:

- Grandioso el día que yo muera no quiero que sea haciendo algo que no me guste. Si yo muero cazando o pescando muero feliz.

En la mañana siguiente el grupo recogió el campamento y abordaron el bote llamado La Orca que los traería de regreso a Puerto Rico. Acomodaron todos los motetes en el camarote del bote y tomaron rumbo a Cabo Rojo. Durante el largo viaje los cazadores recordaban los buenos momentos que pasan en la hermosa isla a la que regresarían si Dios se los permitía el siguiente año.

Luego de cuatro largas horas por fin La Orca llega al muelle de la bahía de Cabo Rojo donde Pedro esperaba ansiosamente a su abuelo. Él solo quería darle un beso, un fuerte abrazo y decirle lo larga que se le hizo esa semana sin su superhéroe. Don Raúl se emocionó mucho al ver aquel pequeño en el muelle esperando por escuchar todas las anécdotas del viaje.

Con el paso de una semana don Raúl recibe una llamada del taller de Rubén notificándole que ya la cabeza del gran cabro estaba finalizada. Raúl pasa por el taller a buscar aquella hermosa pieza que la consideraba como un gran trofeo.

Cuando regreso a la casa Pedro estaba viendo su película favorita Toy Story en la sala. Raúl abrió la puerta cargando aquel inmenso trofeo y tan pronto Pedro se volteó, vio aquella valiosa pieza en las manos de su abuelo saltó de la silla de la emoción y corrió hacia él para contemplarlo.

- Tranquilo Pedro, tendrás tiempo de mas para contemplar esta hermosura.
- ¿Por que abuelo? No entiendo que me quieres decir con eso.
- Te explico Pedro. Es que yo mande a disecar este cabro para regalártelo, así podrás soñar con ser alguien como yo.

Pedro grito de la emoción al recibir ese regalo mientras le decía a su abuelo:

- No era necesario que me la regalaras para que soñara ser como tu abuelo. Yo siempre e querido ser como tu.

A don Raúl estas palabras lo llenaron de muchos sentimientos. Él sabia que Pedro lo amaba tanto como lo amaba él. Pedro agarro como pudo aquella cabeza hermosa del inmenso cabro y la colgó en un clavo que la yacía en la pared de su cuarto.

Tres meses después, el 19 de mayo don Raúl planeaba la salida de pesca del día siguiente. La tripulación para ese viaje serian uno de los hijos y dos de los yernos de don Raúl uno de ellos el papá de Pedro,si no aparecía nadie mas se llevaría a su nieto.

Por la mañana del día de pesca apareció por la casa un amigo de don Raúl cuando estaban sacando el bote de la parte de atrás de la casa. Este nunca había ido de pesca y don Raúl lo invito. A Pedro no le costo mas remedio que quedarse ese día sin ir de pesca. Estaba triste porque el quería irse con su abuelo a pasar todo el día en el mar donde pasaban tantos buenos momentos. Cuando único Pedro se alegro fue al escuchar las siguientes palabras de su abuelo:

- No te preocupes Pedro, yo te prometo que la semana que viene que es mi cumpleaños te llevo a pescar con migo.

Pedro se alegro mucho con la promesa de su abuelo. Él sabia que su abuelo jamás le fallaría. Para demostrar su alegría Pedro ayudo a los tripulantes de ese día colaborando con la lista de cosas que eran necesarias en el bote por si pescaban algo o ocurría un accidente.

Luego del desayuno la tripulación junto con Pedro hicieron la oración que acostumbraba hacer don Raúl antes de cada viaje de pesca dándole gracias a Dios por un día más de vida y pidiendo un día de buena pesca. Al terminar la oración se despidieron y se marcharon para comenzar su viaje de pesca. Pedro se quedó en el balcón de la casa hasta ver como desaparecía en la distancia aquel hermoso bote de su abuelo.

Aquí fue cuando todo comenzó a cambiar, Pedro no se sentía muy bien esa mañana. Sentía como una tristeza muy dentro de él, que no lo dejaba sonreír en ese 20 de mayo del 2,000.

Como a eso de las 12:30 p.m. se posó una hermosa paloma blanca en la baranda del balcón. A Pedro le pareció muy curioso y le puso comida y agua, pero esta no se interesó por ninguna de las anteriores. La paloma estuvo unos largos minutos posada en aquella baranda sin comer ni beber nada. Solo se quedó allí por un tiempo y luego emprendió vuelo quien sabe a donde. Luego de que la paloma se fue, Pedro volvió a sentir aquella tristeza que solo le causaba un amargo y mal presentimiento.

Pedro pasó el resto del día esperando a su abuelo sentado en la mecedora del balcón preguntándose a sí mismo si su abuelo habrá pescado algo o si llegaría con las manos vacías.

Cuando dieron las 5:30 de la tarde Pedro comenzó a preocuparse porque ni siquiera sabía algo de los pescadores. Insistió a su abuela para que llamara al abuelo para saber si todo estaba bien. Ella llamó varias veces, pero nunca contestaron el teléfono. Solo quedaba esperar.

Dos horas más tarde cuando ya casi la familia se disponía a salir hacia el club náutico para averiguar que sucedía, vieron aparecer la silueta de la guagua y el bote a lo lejos de la calle lo que les causó un pequeño alivio y se sentaron a esperar que llegaran a la casa con una explicación.

Tan pronto llegaron Pedro estaba muy ansioso por saber como les había ido en el día de pesca, pero rápidamente notó que algo andaba mal. Busco con la mirada a su superhéroe sin éxito. Su padre quien era uno de los tripulantes de ese día fue el primero en bajarse de la guagua y con un semblante triste se dirigió hacia Pedro y el resto de la familia con las siguientes palabras:

- ¡Se nos fue el viejo!

Pedro no entendía muy bien lo que su padre quería decir cuando pronuncio aquellas palabras, pero todo le quedo muy claro cuando el resto de la familia presente comenzó a gritar y a llorar por la partida de aquella insuperable persona, don Raúl Rosado.

Fue una tarde de mucho llanto y lastima para la familia y todas las amistades de don Raúl. Pedro se encerró en su cuarto a llorar y a cuestionarle a Dios el por que tenia que ser su abuelo el que tuvo que partir ese día.

Grandioso muy triste se ve obligado a contarle a la familia de su mejor amigo hasta la muerte, lo que don Raúl le había dicho en el viaje a Isla de Mona de ese mismo año.

- Si yo les digo no me van a creer, el tocayo me dijo a mi este año en la Mona que si el moría cazando o pescando moría feliz, y miren para allá, tres meses mas tarde se nos va el viejo haciendo una de sus mas grandes pasiones. Dijo Grandioso con un taco en la garganta y la voz entrecortada.

Al día siguiente forense le indica a la familia de don Raúl que su muerte fue a causa de un infarto masivo mientras prendía un cigarrillo. La familia poco a poco pudo superar la muerte de esta gran persona a la que muchos querían demasiado, pero a Pedro no se le hizo tan fácil superar esa enorme pérdida.

Hoy día Pedro tiene 18 años de edad, estudia en la universidad de Puerto Rico en el recinto de Rio Piedras y se encuentra frente a su computadora desahogando su dolor en un cuento para el Certamen Literario 2015 del Departamento de Español.